



para vos uci

ALOCUCIÓN
EN LA APERTURA DEL
V CENTENARIO
DEL NACIMIENTO DE
**SANTA TERESA
DE JESÚS**

Imagen de portada:

Retrato de **Santa Teresa de Jesús**, de Fray Juan de la Miseria. (1570)

STJ
500

V CENTENARIO
SANTA TERESA
DE JESÚS



En el centro de la ciudad de Ávila, en la Plaza de Santa Teresa, nos hemos reunido para recordar las obras de la misericordia de Dios, para cantar sus maravillas, para hacer el elogio de una mujer excepcional que nos ha precedido en la fe en Dios, en el amor a Jesucristo y en los trabajos por el Evangelio (cf. *Eclo.* 44, 1; *Heb.* 12, 1). La memoria de Santa Teresa de Jesús, nacida cerca de esta plaza hace 500 años, nos ha convocado esta mañana. Su recuerdo está vivo entre nosotros; es motivo de alegría, de estímulo y de esperanza. Sus escritos son un libro vivo y la reforma que ella inició en el convento de San José, a pocos metros de aquí, enriquece con un nuevo estilo la vida religiosa dentro de la Iglesia.

Los escritos de Santa Teresa y sus hijas e hijos son un signo de la actuación del Espíritu Santo en la Iglesia y la humanidad. En nombre de la Conferencia Episcopal Española saludo a todos cordialmente; sed todos bienvenidos; comenzamos con ilusión este año de gracia del Señor*

Una respuesta de largo alcance

En Ávila, el año 1562, tuvo lugar un acontecimiento, que entonces levantó gran alboroto en la ciudad, pero que no hubiera aparecido hoy en los titulares de los periódicos de gran tirada ni en las cabeceras de los informativos: Cuatro mujeres con Dña. Teresa de Ahumada a la cabeza, monja del convento de la Encarnación, a la otra parte del valle de Ajates, se encerraron con la pretensión de reformar el Carmelo, cuyos orígenes ascienden a unos eremitas del siglo XIII en el Monte Carmelo con los ecos en el fondo del

* Santa Teresa de Jesús nació en Ávila el día 28 de marzo de 1515; hija de D. Alonso Sánchez de Cepeda, natural de Toledo, y de Dña. Beatriz Dávila y Ahumada, natural de Olmedo (Valladolid). Según el árbol genealógico, fueron sus abuelos paternos D. Juan Sánchez de Toledo y Cepeda y Dña. Inés Cepeda; y maternos D. Juan Mateo Blázquez y Ahumada y Dña. Teresa de las Cuevas. Ella se llamaba civilmente Teresa de Ahumada.

La fórmula bíblica de la alianza “vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios”, es decir, Yahvé es el Dios de Israel e Israel es su pueblo elegido, resuena en la autodenominación “yo soy Teresa de Jesús” y “yo soy Jesús de Teresa”. Por la profundidad en el amor acontece una mutua posesión y una recíproca pertenencia. Teresa de Jesús es su nombre de carmelita, que tiene origen en una comunicación de orden espiritual. Por esto, ante el intento durante la reforma litúrgica postconciliar de que en el Santoral y en el Martirologio Romano apareciera el nombre “Teresa de Ávila”, como Francisco de Asís o Catalina de Siena, prevaleció la denominación “Teresa de Jesús”.

profeta Elías; pero en realidad aspiraban a ser una imagen transparente del “colegio de Jesús” y de la comunidad cristiana primitiva.

La trascendencia de lo acontecido aquel 24 de agosto se nos ha manifestado con el tiempo. El grupito de mujeres, que comenzaron a vivir en unas casas pobres, fue como un fermento, o con otras palabras también bíblicas un “resto” (cf. *Rom.* 11, 5; *Is.* 4, 3; *Jer.* 31, 7; *Miq.* 5, 6 ss; *Sof.* 3, 12), que no es lo mismo que un “residuo”. Este es lo que queda por un proceso incesante de disminución hacia el agotamiento; en el resto está contenida la promesa de Dios y la esperanza de cara al futuro. Estamos celebrando el V Centenario de una mujer, Teresa de Jesús, que dio una respuesta de largo alcance a los desafíos de su tiempo.

La historia en su discurrir secular y diario nos lanza retos y nos emplaza a responder no con lamentaciones, rechazos, polémicas y añoranzas, y no sólo con la conservación de lo existente, sino de manera al mismo tiempo fiel y creativa, con tal radicalidad en la fidelidad que produce la impresión de lo nuevo.

Asistimos a un cambio de época

El Papa Francisco ha reconocido que nos hallamos no sólo en una época con muchos cambios sino en un cambio de época. Nosotros

estamos llamados a afrontar valientemente el desafío que los tiempos nuevos nos plantean.

A Teresa le impresionaron mucho las noticias que le llegaban de Francia y en general de Europa relacionadas con la reforma luterana. Hasta utiliza la imagen del encendido. Pero sobre todo le hacia sufrir la situación de la Iglesia, ya que las amenazas más terribles para ella proceden de su interior. La causa del Señor era para Teresa su propia causa.

¿Cuáles son nuestros desafíos? El nombre de Dios es silenciado, unas veces rechazado y otras cortésmente preterido; la transmisión del Evangelio es actualmente un quehacer difícil; sobre la familia se han desencadenado en pocos decenios fuertes vientos contrarios; hay niños que están sometidos a trabajos desproporcionados, obligados a empuñar armas y esclavizados en el mercado sexual. ¿No es verdad que muchas realidades han hurtado al amor genuino su nombre? (cf. *Camino de perfección* 10, 2); la paz peligra en varios rincones del mundo por la violencia y la guerra, incluso apelando a Dios; el respeto de la dignidad humana padece y en ocasiones es gravemente conculcada; la aspiración de la humanidad a ser una familia de hermanos y de hermanas sentados a la misma mesa de los bienes de la tierra parece un sueño.

Hemos escuchado en el Evangelio: “Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque

has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las ha revelado a los pequeños” (Mt. 11, 25). Los autosuficientes no entienden los misterios del Reino de Dios; en cambio, a la gente sencilla, sean varones o mujeres -para las cuales reivindicó Santa Teresa con valentía su lugar en la Iglesia-, Dios otorga la sabiduría para conocerlos. Asimismo, la fraternidad sin discriminaciones es una componente importante en la búsqueda y en el encuentro de la verdad. Teresa aprendió con humildad la sabiduría y la enseñó generosamente.

El secreto de Teresa

“Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mt. 11, 27). El secreto de Teresa, de donde brota su existencia nueva y su vocación especial en la Iglesia, fue el encuentro profundo con Dios en Jesucristo. En esa autocomunicación una imagen muy “llagada” le fue como esculpida en su espíritu y las palabras le quedaron grabadas imborrablemente. El Hijo ha tenido a bien revelar a Teresa su intimidad compartida con el Padre. En la comunicación se pone Teresa sin reservas ni condiciones a disposición del Señor. “Vuestra soy, para vos nació, ¿qué mandáis hacer de mí? (*Poesías* 5) Teresa ha recibido y transmitido la comunicación con el Señor en varios pasos de un recorrido, a través de

los cuales lo experimentado por ella ha sido testificado, lo más personal se ha convertido en un servicio abierto a la Iglesia. Con palabras de Santa Teresa: “Una merced es dar el Señor la merced, y otra es entender qué merced es y qué gracia; otra es saber decirla y dar a entender cómo es” (*Vida*, 17, 5). La gracia que a ella le fue dada es en sí misma triple: “Experimentar el misterio (la acción de Dios), entenderlo, y poder expresarlo. Sin esa trilogía de gracia, no tendríamos el *Libro de la Vida* y probablemente nada de su magisterio mistagógico” (T. Álvarez, *Comentarios al “Libro de la Vida”* de Santa Teresa de Jesús, Burgos 2009, p. 235).

Santa Teresa tuvo que realizar un discernimiento largo y laborioso; unas veces el cumplimiento de las expectativas le parecía inmediato, otras se alargaba indefinidamente y otras parecía truncado. En la oscuridad buscó la luz, orando a Dios en silencio o con sollozos, consultando, pidiendo ayuda a otras personas para hallar los caminos del Señor. Uniendo dos expresiones originales podemos percibir cómo comprendió el desafío y cómo lo acometió: “*A tiempos recios, amigos fuertes de Dios*” (cf. *Vida* 15, 5; 33, 5). Cada tiempo tiene su reciedumbre que deben encarar los discípulos del Señor.

Ante la gravedad de la situación Teresa concluye que “no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia” (*Camino* 1, 5). ¡No

nos perdamos en cosas de poca monta! Con el discernimiento descubrimos lo fundamental en que debemos concentrar los esfuerzos. Si la atención se dispersa, se debilita la penetración. Es tiempo de consolidar los cimientos, de iniciar cristianamente, de formar a las nuevas generaciones de personas con capacidad de abrir caminos en medio de la confusión.

Teresa con su respuesta irrelevante como noticia mundial redescubrió la lógica evangélica de lo pequeño. Jesús a un puñado de discípulos les muestra un horizonte ilimitado; un “*pusillus grex*” (Lc. 12, 32) es enviado a los confines del mundo y hasta el final de la historia. Desde el grupito de San José la mirada de Teresa se dilata al anuncio del Evangelio destinado a la humanidad entera. En aquella situación compleja que desborda incluso a los poderosos del tiempo, y en la cual ella se ve “mujer, ruin e imposibilitada” de hacer lo que desearía en el servicio del Señor, determina “hacer eso poquito que yo puedo y es en mí” (*Camino*, 1, 2). Pero ¿qué significan esas “poquitas” ante la inmensa tarea? “¿Qué es esto para tantos?”, preguntan razonablemente los discípulos a Jesús para alimentar con unos panes a una multitud en un descampado (cf. *Jn.* 6, 9). Teresa no dispone de un granero inmenso para satisfacer el hambre de todos los hombres de la tierra; piensa en lo insignificante en manos de Dios, en la semilla y el grano de mostaza casi invisible pero donde

sembrado y crecido pueden cobijarse las aves del cielo.

¿Para qué reunió el Señor a aquel grupito, inicialmente cuatro, más tarde hasta trece y nunca una gran comunidad? Se reúnen, utilizando unas imágenes de Teresa tan imaginativa, como en un castillo o una ciudad no para encerrarse en sí mismas por miedo, sino para hacerse entre ellas fuerza, como “buenos amigos”, y “buenos cristianos”; no son asalariados que huyen ante el peligro (cf. *Jn.* 10, 12-13). En el castillo no hay traidores. Con el Señor no cabe el miedo, sí la confianza absoluta en su poder. De la fidelidad a Dios brotan constantemente recursos para la misión.

Comunidades pobres de gente selecta

¿Cuáles son los rasgos del grupo-germen, de la comunidad fundada por Teresa? Es un grupo humanamente pobre; pero “gente selecta”. Estas palabras pueden ser incomprendidas o mal entendidas. El grupo es selecto no por sentirse los mejores en una actitud de puritanismo o de aristocracia espiritual. No es un grupo de orgullosos que se creen incontaminados. Es una comunidad de hermanas fieles. La lealtad al señor del castillo y de la ciudad procede de la conciencia siempre despierta y agradecida de ser pecadores

perdonados; antes nos cansamos nosotros de pedir perdón que Dios rico en misericordia de perdonar.

“No estéis tristes, pues el gozo en el Señor es vuestra fortaleza” (*Neh.* 8, 9). Con una frase entre genial e ingeniosa inspirada en Santa Teresa podemos decir: “Un santo triste es un triste santo”. “Mientras más santos más conversables” (*Camino* 41, 7). Porque Jesús es la Buena Noticia y el Evangelio de Dios en persona, su encuentro llena la vida y el corazón de alegría honda y serena. El Papa Francisco, con sus dichos tan gráficos, nos pide que no llevemos siempre cara de funeral, ni seamos cristianos de Cuaresma sin Pascua (*Evangelii gaudium* 6, 10). La alegría verdadera que brota del corazón, no la fingida ni artificialmente provocada, es una señal de la fe en el Evangelio que en sí mismo es fuente de gozo (cf. *Lc.* 1, 45; *Jn.* 20, 29; *Rom.* 15, 13). Junto a Dios hay paz. El salmista canta: Ved que gozo vivir los hermanos unidos. El egoísmo produce tristeza; la comunión con Dios y con los hermanos son generadores de gozo y de paz. La alegría en el Señor debe caracterizar a las hijas de Teresa.

Las comunidades fundadas por Teresa tienen la vocación de ser *pequeñas, fieles, alegres, pobres*. Jesús enseña a sus discípulos a pedir el pan de cada día, no la riqueza acumulada como seguridad perdurable (cf. *Lc.* 11,3; 12, 13-21) El dinero es un medio para vivir; pero no puede ser convertido en la aspiración de la vida y en el competidor de Dios;

recordemos la palabra del Señor: “No podéis servir a dos señores, a Dios y al dinero” (cf. Mt. 6, 29). En el Evangelio aprendemos la sublime y desconcertante lección de considerar la pobreza como un valor. Y al mismo tiempo nos abre el corazón y los ojos para ver los estragos causados por el empobrecimiento. Hay muchas personas que padecen la deshumanización de diversas formas de pobreza: No tienen empleo para ganarse el pan con el sudor de su frente ni poder llevarlo a su familia; hay rostros deformados por la desnutrición y la carencia de lo más elemental; hay padres que gritan pidiendo el pan de sus hijos y no llega. Teresa está dispuesta a dejarse tocar por la pobreza y los pobres; también ha tenido experiencia de los convencionalismos huecos a que somete el dinero y el honor en la sociedad de su tiempo.

Santa Teresa de Jesús abarca la complejidad de la pobreza: Pobreza personal y comunitaria, de espíritu y material. Después de dudas y vacilaciones determina fundar viviendo de limosna, como los pobres, y no de renta como los ricos. San Pedro de Alcántara, autorizado por su experiencia honda y larga en el seguimiento radical de Jesús pobre y por su “lindo entendimiento” (*Vida*, 27, 18), llegó a tiempo para afianzar su determinación de fundar en pobreza. Teresa consultaba a letrados y espirituales, sabiendo en qué podían ayudarla unos y otros. Buena teología y sana espiritualidad deben convivir amigablemente

en la Iglesia, habitable intelectualmente y animada con vigoroso aliento espiritual. Esta decisión supone confiar a fondo en el Padre providente, que no se olvida de sus hijos. Para Teresa la pobreza evangélica es seguimiento de Jesús que nació pobre en Belén y murió despojado en la cruz; el Señor siendo rico se hizo pobre por nosotros (cf. 2 Cor. 8, 9); la pobreza libera de las ataduras al dinero; la pobreza abre el corazón para compartir como hermanos; la pobreza es gozo y serenidad; Teresa exultante de gozo subraya el señorío que otorga la pobreza: “¿No es linda cosa una pobre monjita de San José que puede llegar a señorear toda la tierra y elementos?” (cf. *Camino* 31, 2). El despilfarro es escarnio de los pobres y atenta contra la creación. Santa Teresa nos ayuda a echar las cuentas con el dinero. El dinamismo del dinero fácilmente suscita la avaricia que es una especie de idolatría, y hace insensible al sufrimiento de los necesitados.

Amigos fuertes de Dios

Los “amigos fuertes de Dios”, no los mediocres o relajados, tienen la capacidad por el poder del Espíritu de Jesucristo de fermentar la masa, de interpelar a los que ponen su confianza en el dinero, de iluminar las tinieblas, de poner orden en el caos y la confusión. Con frecuencia el lector se ve sorprendido por expresiones de Santa Teresa a modo de ráfagas de luz que deslumbran,

iluminan y encandilan para proseguir la lectura. De la fragua del genio saltan las chispas. “La verdad padece más perece” (*Carta 79-5B*, 26), escribió en una carta donde menos se podría esperar. Recordemos cómo San Pablo para iluminar y fundamentar comportamientos de la vida diaria de los cristianos aducía argumentos sublimes sobre todo de orden cristológico (cf. *Fil. 2*, 1-11; *2 Cor. 8*, 1-9). La verdad puede ser humillada, pero no destruida; dobla pero no quiebra. “La verdad puede ser impugnada, pero no vencida ni engañada” (San Bonifacio, *Carta 7*). Esta aserción es también motivo de esperanza. El sentido de la vida no puede naufragar en el marasmo; la generosidad vence al egoísmo y la mezquindad; el amor es más fuerte que el odio y la muerte; la paz vencerá a la violencia; la bondad vencerá a la crueldad. Los “amigos fuertes de Dios” en la dureza de los tiempos tienen la capacidad de interrogar por la justicia y la fraternidad, de abrir la historia al cambio de corazón, de rostro, de actitudes, de conductas personales, sociales y políticas. Santa Teresa de Jesús es testigo, por su persona y sus obras, que la esperanza de un mundo nuevo no es fantasía sino una realización en camino.

Teresa vivió los acontecimientos de la historia ante Dios, en una especie de trenzado creyente de hechos exteriores y de gracias íntimas; lo que acontecía cerca o lejos era conversado con Dios en la oración y se convertía en llamada

apostólica. En ese diálogo de historia y Dios en su interior, Teresa va a descubrir su carisma y a escuchar su misión de fundadora. La intersección de niveles, entre el personal orante, el narrativo de la historia y la exposición de su discurso es permanente. Interrumpe el hilo de su escrito dirigiéndose a Dios o interpelando a los lectores. Sus escritos no son únicamente narrativos o doctrinales; son eminentemente testimoniales; en ellos “se confiesa” la autora y pide que el lector sintonice con la otra onda. Por este motivo, no es pertinente que nos detengamos exclusivamente en las formas literarias de sus escritos sino entremos en la corriente espiritual; aunque lo auténticamente espiritual es también bello y atrayente.

Teresa, después de contradicciones y persecuciones, de dudas e incertidumbres, de preguntar y escuchar, de búsqueda sincera de la voluntad de Dios y de disponibilidad para cargar con la cruz de los designios de Dios, recibe el mandato del Señor, e incluso con apremio de poner manos a la obra de la fundación. “Habiendo un día comulgado, mandóme mucho su Majestad lo procurase con todas mis fuerzas, haciéndome grandes promesas de que no se dejaría de hacer el monasterio, y que se serviría mucho en él, y que se llamase San José, y que a la una puerta nos guardaría él y nuestra Señora a la otra, y que Cristo andaría con nosotras, y que sería una estrella que diese de sí gran resplandor” (*Vida* 32,

11). Jesús daba a Teresa la orden de proceder a la fundación; a modo de supuestos de un documento jurídico, enumera los aspectos de una promesa con la garantía de que el mismo Señor se implica en el cumplimiento. “Sus palabras son obras” (*Vida* 25, 19). La misericordia del Señor dura siempre; Dios no se arrepiente de sus dones ni falla su amor.

Aprender en la escuela de Santa Teresa

Estamos comenzando el V Centenario del nacimiento de una mujer del siglo XVI; este ejercicio de memoria es para nosotros aprendizaje de historia, maestra de la vida. Si damos la espalda a nuestro pasado que unas veces nos corrige y otras nos enseña y alienta, recortaríamos las posibilidades de nuestro presente y futuro personal, eclesial y social. ¿Cómo vamos a prescindir de las luces que desde el pasado nos iluminan en nuestro presente, que no está sobrado de indicadores y de estrellas para nuestra travesía?. En la escuela de Santa Teresa se aprende siempre, pues es un astro brillante en el firmamento de la Iglesia y de la humanidad. Trae gran provecho acercarnos a las grandes personas de nuestra historia desde las búsquedas e incertidumbres del presente.

Iniciamos el V Centenario del nacimiento de una monja contemplativa, de una mujer orante y

maestra de oración. Es verdad Teresa de Jesús fue una mujer de humanidad arrolladora, de excelente pluma, de desbordante actividad, de una capacidad admirable para descubrir la presencia del Señor, entre los “pucheros” (cf. *Fundaciones* 5, 8), para adentrarse en los itinerarios más íntimos del hombre con un instinto penetrante en el análisis y certero en la valoración, para recorrer los caminos en carromatos y pasar malas noches en malas posadas. Estaba tan presente en el mundo como embebida en la conversación con Dios. No se desentendía de las cosas ni secularizaba su corazón. Ella nos enseña que cuando las palabras se secularizan es señal de secularización del espíritu y de la vida, cerrando de esta forma la vía a la evangelización. ¿Qué tiene que ver la oración como clave de la vida de Teresa en sus obras fundacionales y magisterio espiritual con nuestro tiempo, con los hombres y mujeres de hoy?

Descubrir el sentido cristiano y humanizador de la oración es un quehacer muy importante en este V Centenario. La oración no es un diálogo consigo mismo, enajenándose engañosamente y deshaciéndose falsamente del peso de la existencia. La oración no es una expansión del espíritu del hombre hacia el vacío o a la soledad sideral sobrecogedora; ni un ejercicio del hombre para vencer la superficialidad buscando la profundidad o para superar la fragmentación en un centro unificador. La oración es un trato de amistad con

Dios que sabemos nos ama (cf. *Vida* 8, 5), que viene a nuestro encuentro, que nos espera, que nos acompaña. La comunicación en el amor acontece hablando, callando, escuchando y poniendo la mirada en el Señor (cf. *Heb.* 12, 2). De la oración mental y vocal, sosegada e intermitente, brota una luz que en Teresa nos sorprende particularmente.

Ella es experimentada en la oración, es iniciadora y maestra de oración. La oración y el silencio son hogar de la palabra. La oración, como dice un himno litúrgico es “*sator luminis*”, sembrador de luz. De la oración nace la intrepidez y la determinación para la acción caritativa y apostólica; la oración es soplo vital de la fe, que la alienta, hace vibrante y gozosa. En la oración el alma se pacifica y serena; “en la oración hecha debidamente, se funden las penas como la nieve ante el sol” (El Cura de Ars).

En la oración humilde y paciente descubrimos la verdad, ya que “Dios es suma Verdad y la humildad es andar en verdad” (6 *Moradas* 10, 8). La relación entre humildad y verdad es muy frecuente y con variadas modulaciones en los escritos de la Santa. Por la vía de la humildad, y no del orgullo, descubrimos la verdad; con humildad respetamos el ritmo y los caminos de las personas en la búsqueda de la verdad, y con humildad testificamos y enseñamos la verdad sin convertirla en dominio nuestro ni pretender imponerla a la fuerza. Edith Stein, más tarde Teresa Benedicta de

la Cruz, judía y filósofa; convertida a la fe cristiana al amanecer, después de una noche leyendo con creciente apasionamiento la Vida de Santa Teresa de Jesús escrita por ella misma, al terminar y cerrar el libro exclamó: “Aquí está la verdad”. Fue carmelita y mártir en Auschwitz. Edith Stein confesó que durante muchos años “la sed de verdad había sido su única oración”.

Amor a la verdad y amor a las personas

Las lecturas que han sido proclamadas en la celebración iluminan la vida de Santa Teresa, que fue discípula de la verdad divina y al mismo tiempo maestra de la verdad que había recibido y asimilado.

¡Qué importante es para la evangelización que unamos el amor a la verdad y el amor a las personas! ¡Cómo apreció Domingo Báñez, frente a otras manifestaciones más espectaculares y secundarias, en Santa Teresa la caridad, la verdad, la sinceridad, la obediencia, la paciencia como “cierta señal del verdadero amor de Dios” (*Censura sobre el libro de la Vida para la Inquisición*). Teresa “no es engañadora”; vivía en la verdad como en su ámbito vital y por condición natural “aborrecía el mentir”.

¿No necesitamos las personas de nuestra sociedad sincronizar mejor el ritmo trepidante de

la vida con los ritmos del hombre interior?. A veces nuestro diario vivir está como invadido por prisas, ruidos y dispersión. Esta forma de comportarnos desgasta inmensamente y dificulta la comunicación personal. Estamos tan pendientes de las informaciones, de las llamadas, de las solicitudes exteriores que no tenemos tiempo para pensar, para asimilar lo recibido, para degustar la vida, para vivir. Necesitamos reconocer que hay un silencio exterior que favorece el silencio interior; que la soledad no es vacío sino oportunidad para un encuentro más hondo.

Teresa enriqueció la oración contemplativa con una dimensión apostólica; la apertura a la misión de la vida orante fue una de las grandes intuiciones de su fundación. Las carmelitas de San José están llamadas a ayudar a la evangelización en las periferias geográficas y existenciales. Con su intercesión continua ante Dios, con las lámparas encendidas día y noche, con su vida pobre, alegre, sencilla y fraternal, con su fidelidad paciente en la cruz y la perseverante esperanza pascual, participan desde el claustro y la vida escondida en la misión de la Iglesia, fortaleciendo la palabra de los mensajeros del Evangelio, la sabiduría de los letrados, el amor de los esposos, la valentía de los misioneros, la docilidad de los oyentes de la Palabra de Dios.

Palabra y obras deben ir unidas en la evangelización, respaldando éstas el mensaje y

explicitando el mensaje el sentido de las obras. La oración apostólica nutre sin cesar las raíces de la vida misionera.

La celebración del V Centenario del nacimiento de Santa Teresa de Jesús es una oportunidad preciosa para actualizar y asimilar las dimensiones fundamentales de la vida cristiana y apostólica en la Iglesia, y también la autenticidad de la existencia humana que todos compartimos. Cuando una persona y su obra tocan el fondo de la vida, su irradiación es hondamente cristiana y auténticamente humanizadora; así es el humanismo de Teresa.

Santa Teresa de Jesús es experta en traer papas desde Roma a Ávila, a Alba de Tormes, a España. Juan Pablo II vino por primera vez para el IV Centenario de la muerte de Santa Teresa el año 1982, y confiamos que vendrá el Papa Francisco para el V Centenario de su nacimiento. Soñamos ya con la visita; nos sentimos como abulenses, como albenses y como españoles dignificados. Acogemos con corazón dócil y generoso su mensaje a través de sus palabras, de sus gestos y de su presencia.

Estamos encantados de recibir al Papa Francisco con el gozo y la gratitud como hace años acogimos al Papa Juan Pablo II. Teresa quedó huérfana de madre a los trece años; entonces se acogió al cuidado maternal de la Virgen María.

Recibamos a María que nos entregó Jesús en la cruz como Madre de sus discípulos. ¡Que María nos muestre a Jesús, fruto bendito de su vientre!

Ávila, 15 de octubre de 2014
Fiesta de Santa Teresa de Jesús



+ Ricardo Blázquez
Arz. de Valladolid

Mons. Ricardo Blázquez Pérez
Arzobispo de Valladolid
Presidente de la Conferencia Episcopal Española

STJ
500

V CENTENARIO
SANTA TERESA
DE JESÚS



tempus de Jesus